

Ilusiones para el Siglo XXI

Gabriel García Márquez 1927- 2014

El escritor italiano Giovanni Papini enfureció a nuestros abuelos en los años cuarenta con una frase envenenada: "América está hecha con los desperdicios de Europa". Hoy no solo tenemos razones para sospechar que es cierto, sino algo más triste: que la culpa es nuestra.

Simón Bolívar lo había previsto, y quiso crearnos la conciencia de una identidad propia en una línea genial de su Carta de Jamaica: "Somos un pequeño género humano". Soñaba, y así lo dijo, con que fuéramos la patria más grande, más poderosa y unida de la tierra. Al final de sus días, mortificado por una deuda de los ingleses que todavía no acabamos de pagar, y atormentado por los franceses, que trataban de venderle los últimos trastos de su revolución, les suplicó exasperado: "Déjennos hacer tranquilos nuestra Edad Media".

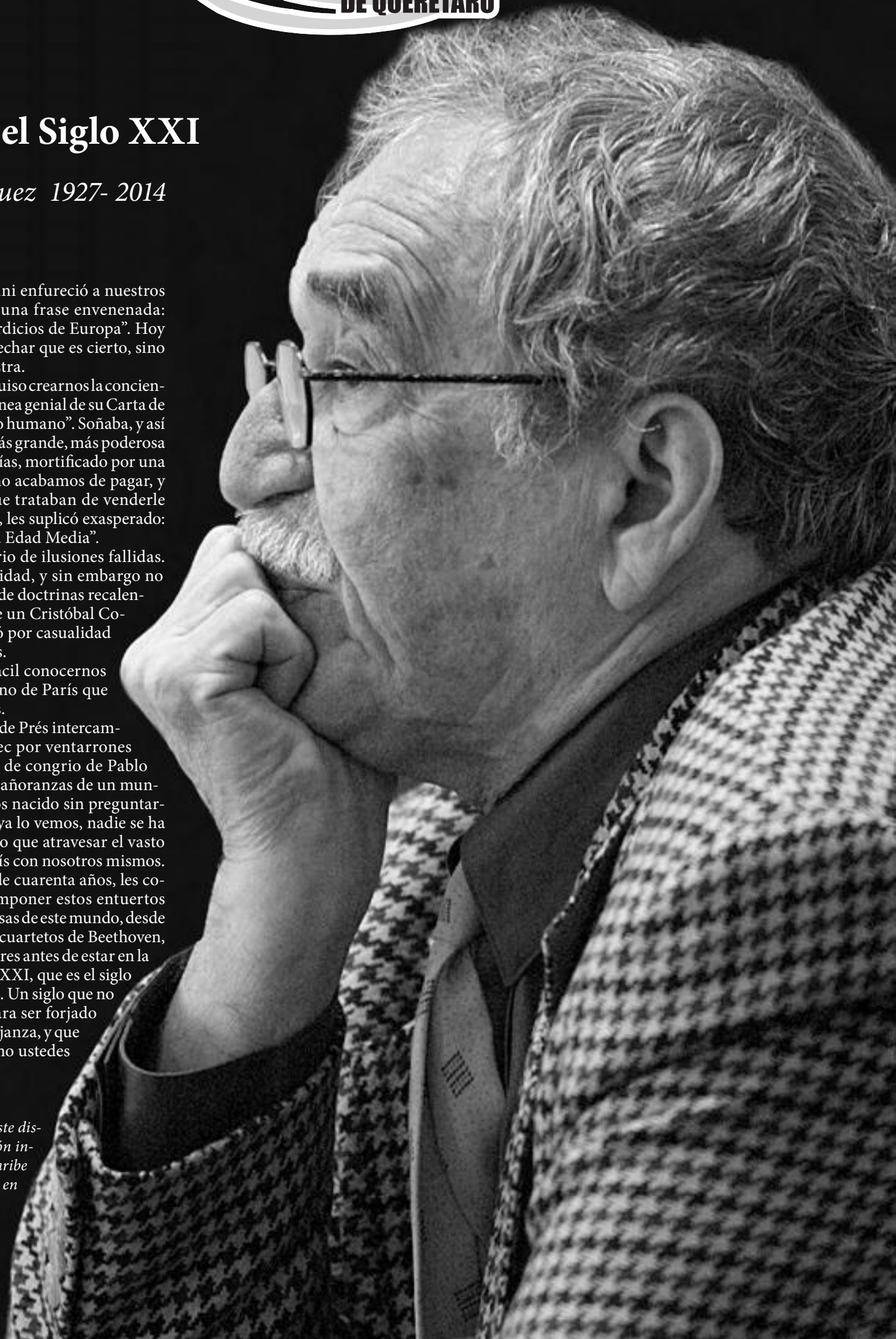
Terminamos por ser un laboratorio de ilusiones fallidas. Nuestra virtud mayor es la creatividad, y sin embargo no hemos hecho mucho más que vivir de doctrinas recalentadas y guerras ajenas, herederos de un Cristóbal Colón desventurado, que nos encontró por casualidad cuando andaba buscando las Indias.

Hasta hace pocos años era más fácil conocernos entre nosotros desde el Barrio Latino de París que desde cualquiera de nuestros países.

En los cafetines de Saint Germain de Prés intercambiábamos serenatas de Chapultepec por ventarrones de Comodoro Rivadavia, caldillos de congrio de Pablo Neruda por atardeceres del Caribe, añoranzas de un mundo idílico y remoto donde habíamos nacido sin preguntarnos siquiera quiénes éramos. Hoy, ya lo vemos, nadie se ha sorprendido de que hayamos tenido que atravesar el vasto Atlántico para encontrarnos en París con nosotros mismos.

A ustedes, soñadores con menos de cuarenta años, les corresponde la tarea histórica de componer estos entuertos descomunales. Recuerden que las cosas de este mundo, desde los trasplantes de corazón hasta los cuartetos de Beethoven, estuvieron en la mente de sus creadores antes de estar en la realidad. No esperen nada del siglo XXI, que es el siglo XXI el que lo espera todo de ustedes. Un siglo que no viene hecho de fábrica sino listo para ser forjado por ustedes a nuestra imagen y semejanza, y que sólo será tan glorioso y nuestro como ustedes sean capaces de imaginarlo.

Gabriel García Márquez pronunció este discurso el 8 de marzo de 1999, en la sesión inaugural del Foro América Latina y el Caribe frente al Nuevo Milenio, llevado a cabo en París.



A cada quién su Gabo

VÍCTOR LÓPEZ JARAMILLO

Se usaron diez mil flores amarillas como remedio contra la muerte y mariposas de papel fueron arrojadas al viento. Las flores muertas y las mariposas inertes simplemente adornaron el sendero que Gabriel García Márquez habría de recorrer.

De su paso por el mundo sólo quedan cenizas y letras. Letras que formaron novelas, cuentos, reportajes, entrevistas, discursos etc. Letras que se ganaron el pasaporte a la eternidad y que seguirán retumbando.

Cada quien se quedará con el García Márquez que prefiera. Unos, optarán por el Gabo de Cien Años de Soledad; otros, por el de los cuentos precisos; otros más,

por el reportero. Otros, por el político. Algunos más, de plano lo odiarán por el simple hecho de ser García Márquez. A cada quien su Gabo.

Por mi parte, el texto que más recuerdo es uno leído durante mi formación como periodista. Incluido en el Manual de Vicente Leñero, García Márquez advierte a los aspirantes a periodistas sobre el agotamiento de la entrevista como género periodístico debido a la falta de rigurosidad y pereza mental de los reporteros.

“¿Otra entrevista? No, gracias”, se titula, y advierte que ni toda la tecnología podrá sustituir al talento periodístico. Los dispositivos tecnológicos graban la voz pero no registran los latidos del corazón, advierte el Nobel. El regaño por la falta de ingenio para formular preguntas, el tedio de la rutina del reportero contagia al lector. Las trampas en que caemos de pretender hacer la más grande pregunta de todas y obtener la misma respuesta de siempre.

Así como hay una imaginación sociológica, debemos tener una imaginación periodística, porque lo único constante en el periodismo es el cambio. El éxito de un día se vuelve hoja amarillenta al día siguiente. Y hay que seguir escribiendo.

Lo confieso, a mí no me hubiera gustado estar en una tertulia literaria con García Márquez, hubiera preferido estar en la redacción periodística con él y discutir la edición del día. El periodista que cree que sabe todo es un periodista obsoleto. Un verdadero periodista nunca deja de aprender.

La verdad no sé si, como él dice, el periodismo sea el mejor oficio del mundo. No he ejercido otro; sin embargo, lo que sí sé es que, parafraseando a los Rolling Stones, es simplemente periodismo, pero me gusta.



Algo que resulta divertido de los muertos es que el día en que son devueltos a la tierra, sus deudos se despachan con la cuchara grande de la liturgia del verbo. Si tuviéramos la morbosa curiosidad de recortar esquelas y declaraciones de prensa nos sorprenderían las grandilocuencias asestadas sobre un cadáver cuyo dueño, si pudiera, enrojecería de risa o se reiría de la pena. La cantidad de virtudes encontradas en el muertito es apenas equiparable a la que las fuerzas vivas del PRI en los viejos tiempos le descubrían al candidato el día de su destape.

Cuando murió Octavio Paz, por ejemplo, hubo quien proclamó que su muerte equivalía a la caída de una civilización. Y ante una perla de esas lo único que sigue es callar.

Por supuesto que cada quien tiene los dioses que merece y libremente elige a sus profetas. No es que sea insano llorarle a los que se van. Se puede gritar a todo pulmón como en los velorios de pueblo: “¡Ay, hijo mío! ¡Qué sola me dejás! ¡Ya no volveré a verte!”. O simplemente dejarse ver en el velorio, circunspecto y solemne como si realmente se estuviera sufriendo, o vestirse de luto y calarse los lentes oscuros o rezar a grandes voces el rosario o buscar entre empellones un sitio en la guardia de honor antes de que se vaya la prensa... para después murmurar sobre las razones de aquellos que no lloraron lo suficiente ante el ataúd.

II

Pongámonos de buen humor, que la muerte es cosa seria. La única cosa seria que podría haber en la vida, creen algunos. Y si no la más seria, sí la más misteriosa. La última prueba de popularidad. Un alivio para los que cuidan al moribundo y el mejor regalo para los enemigos. La evidencia superior de nuestra sobrevivencia y superioridad frente al difunto que acaba de sucumbir. Dice Canetti que muchos acuden al velorio y se asoman al féretro con la íntima convicción de confirmar que efectivamente no son ellos los muertos.

Algunas llegan como muertes inminentes, de algún modo esperadas, como la de Gabriel García Márquez. Filtraciones diversas que hablaban de Alzheimer y demencia senil. Años de reclusión y cancelación de actividades públicas. Días de hospitalización. Hermetismo de la familia. Lacónicos partes médicos. Cautela y miradas que revelaban que lo que tenía que venir ya estaba aquí.

Más allá de las fumarolas que vimos (alguien lo comparó con Cervantes y no faltó quien lo proclamara el colombiano más grande de todos los tiempos), dos cosas interesantes vi en los días que siguieron a la muerte del periodista radicado en México. Una, la fiesta popular que corrió paralela a los homenajes oficiales en Aracataca y en la Ciudad de México. Los lectores, los estudiantes, los profesores, las voces de reconocimiento por parte del mundo literario. Esto fue lo revelador: el funeral no era para despedirlo, era para celebrarlo. Para agradecerle que haya dejado en el mundo a Melquiades y a los

EL Ú

Buendía, a la bella Remedios y los cuentos peregrinos y los infinitos reportajes.

La otra cosa que resultó gratificante fue la manera en que Proceso despidió al Nobel, que era uno de los suyos: no glorificándolo ni elevándolo a los altares ni repitiendo las trivialidades que oímos hasta quedar extenuados. Antes bien, en el mejor de los periodismos, Proceso mostró al García Márquez que desde 2007 empezó a perder la memoria, que tuvo que recluirse ante el colapso penoso e inevitable de un cuerpo que entregaba puntual cuenta a la vejez. Por su actualidad, por la circunstancia de haber coincidido su muerte con el centenario del nacimiento de Octavio Paz, entre lo que pude ver en estos días, me quedo con el texto de Ariel Castillo Mier, “Vidas para leerlas” (Proceso 1955, 20.04.14, 33), por su talante crítico y por la claridad con la que dimensiona a nuestros dos Nobel, que viviendo en la misma ciudad, siempre mantuvieron sabia distancia.

III

¡Que estará pasando últimamente... que se está muriendo mucha gente que antes no se moría!, suele exclamar entre risas un viejo amigo, eso de viejo es un decir, ante la frecuencia de los velorios a los que es invitado. Así podría decirse en el mundo de la literatura y del pensamiento crítico. Como si se tratara de una razzia, de la cual García Márquez es el último levantado. “Parece que les pusieron veneno en la sopa”, deslizó alguien ante la muerte de tantos poetas en tan poco tiempo.

Tan solo en lo que va de este año, detrás del autor de La hojarasca anotemos a Juan Gelman y a José Emilio Pacheco, ambos en enero. Aunque iba para los 80, Pacheco era tenido por joven, no sé por qué, pero su jovialidad y sencillez esa impresión daban. Aunque se llevaran pocos años, Gabo murió en lo que era una muerte anunciada, mientras que la de Pacheco pareció lo más repentino y anticipado del mundo. Gelman caminó sus últimos años entre la poesía y la investigación criminal, convirtiéndose en un eficaz sabueso de las dictaduras torturadoras y desaparicionistas de Sudamérica en los turbulentos 70, y que en carne propia vivió.

Dos escritores y periodistas de relieve nacional también han sido sepultados en lo que va de 2014: Federico Campbell, en febrero, y Emmanuel Carballo, en abril. Del primero habrá que recordar su disciplinada disección del poder, a partir de sus ocultamientos y montajes, en las coordenadas del maestro

Tribuna DE QUERÉTARO

» DIRECTOR FUNDADOR

Carlos Dorantes González (†)

» DIRECTOR

Víctor López Jaramillo

» CONSEJO EDITORIAL

Hugo Gutiérrez Vega

Martagloria Morales Garza

Augusto Peón Solís

María Ángeles Guzmán Molina

José Luis Ruiz Gutiérrez

Germán Espino Sánchez

Juan José Arreola de Dios

Efraín Mendoza Zaragoza

(coordinador)

» JEFE DE INFORMACIÓN

Carlo Daniel Aguilar González

» COORDINADORES DE REDACCIÓN

María Morales / Eduardo Martínez

» COORDINADORA DE FOTOGRAFÍA Y

DISEÑO GRÁFICO

Gabriela Lorena Roldán

» DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES

Carlos Praxedis Ramírez Olvera

» SECRETARÍA ACADÉMICA

Karla Vázquez Parra

» SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Cuauhtémoc Páez Espinoza

TRIBUNA DE QUERÉTARO. Periódico Semanal editado por la Facultad de Ciencias
Políticas y Sociales de la

Universidad Autónoma de Querétaro. Registro No. 806852. Centro Universitario, Cerro de
las Campanas, Ciudad de Querétaro. Teléfono y fax: 192-12-00 Ext. 5425. Los artículos
de Opinión son responsabilidad del autor.

Correo electrónico: tribunadequeretaro@gmail.com

LTIMO DE LA RAZZIA

EFRAÍN MENDOZA

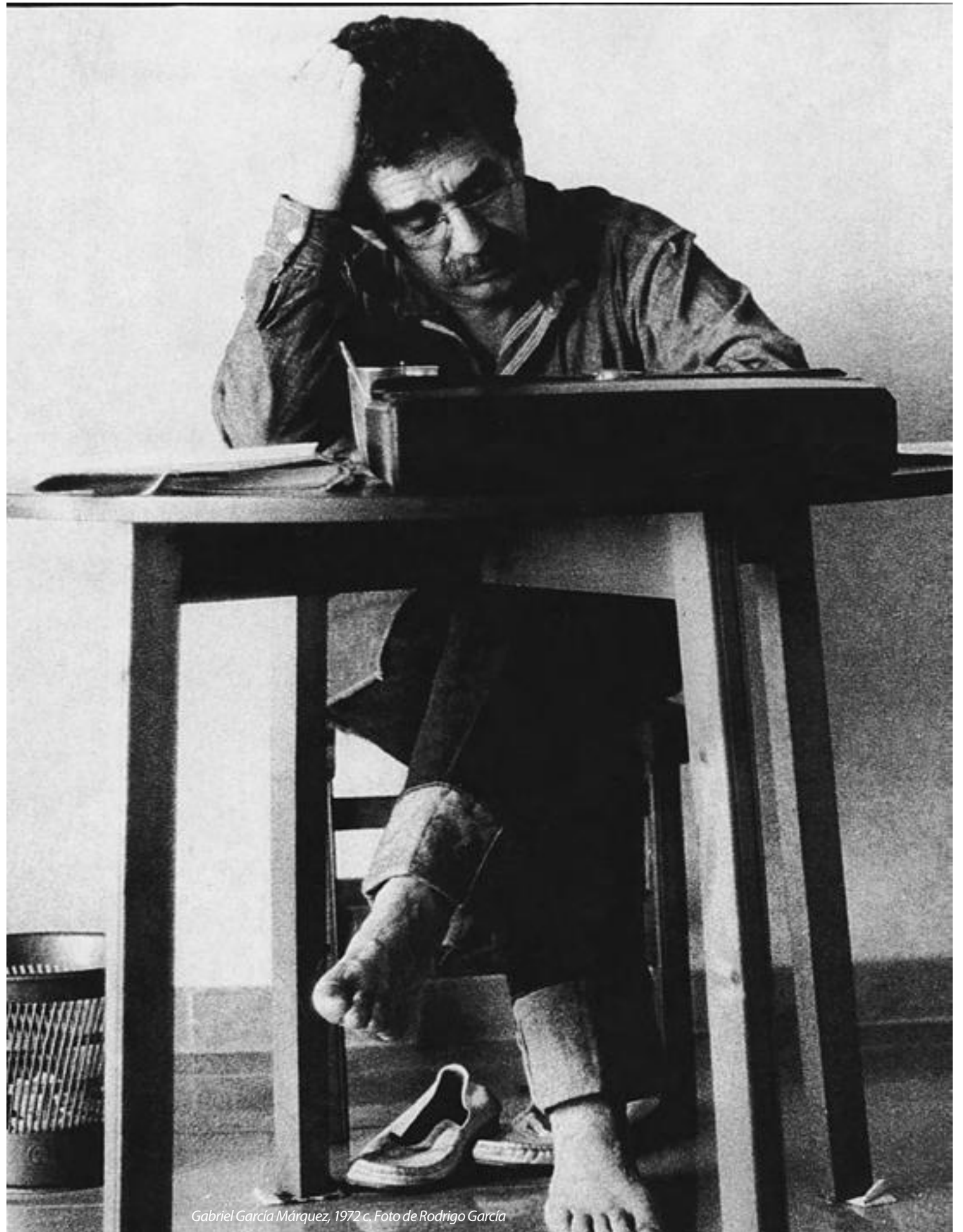
Leonardo Siascia, que investigó el secuestro y asesinato de Aldo Moro. Al lado de otros poetas de la lengua española muertos en estos días, como Félix Grande, Ana María Moix y Fernando Ortiz, no pasemos por alto ante Paco de Lucía (Francisco Sánchez Gómez), el hombre del flamenco que era, además, Premio Príncipe de Asturias a las Artes (2004), muerto en México en febrero último.

En este mismo 2014 habrá que consignar la muerte de don Luis Villoro, filósofo español radicado en México, en marzo a los 91 años. Era miembro de El Colegio Nacional, donde encarnó la situación excepcional de ser el único padre que compartió con su hijo, Juan Villoro, una silla en esa catedral del pensamiento mexicano. Considerado “filósofo de la acción social”, Villoro se vinculó estrechamente al zapatismo, y uno de sus últimos actos políticos fue presentar, junto con otros 22 Premios Nacionales de Ciencias y Artes, una exigencia ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación para revocar la reforma energética.

Más allá de esta formidable razzia que hemos estado viviendo durante los cuatro primeros meses de 2014, habría que notar las bajas que el mundo de las letras y el pensamiento crítico ha venido sufriendo recientemente. En 2013, por ejemplo, murieron José María Pérez Gay y Álvaro Mutis, y en 2012, Carlos Fuentes y Luis Javier Garrido. En 2011 murió Adolfo Sánchez Vázquez, y un año antes, Bolívar Echeverría, Carlos Monsiváis y otro Nobel identificado con la causa zapatista mexicana, José Saramago, cuyos lectores se cuentan aquí por regimientos enteros.

Perdonado de antemano por si también me estuviera sirviendo con la cuchara grande de la emoción, diré que estos difuntos, junto a Pacheco, Villoro, Gelman y Gabriel García Márquez, el último de la razzia, fueron voces críticas de la modernidad capitalista y del sistema político mexicano, que se apagaron justo cuando se les necesitaba tanto. Justo cuando el país se estaba convirtiendo en un inmenso cementerio; justo cuando el PRI volvía a la escena con todo el esplendor de su maquinaria; justo cuando el aparato público del país, lejos de administrar la abundancia, se ha dedicado a cumplir la única vocación que realiza con esmero y un poco de cinismo y desparpajo, esto es, elevar a sus más altas tasas la violencia, la injusticia y la desigualdad en esta dolorida nación.

Ciudad de Querétaro, abril 24, 2014



Gabriel García Márquez, 1972 c. Foto de Rodrigo García

PEQUEÑA REFLEXIÓN SOBRE UNA MUERTE ANUNCIADA

RODRIGO CASTAÑEDA

Podría comenzar: aquella mañana de lunes, Santiago Nasar era el único que no sabía lo que estaba por suceder en el pueblo pero, a estas alturas del mes, eso ya es un lugar común.

Podría entonces hablar de cómo hemos perdido a uno de los grandes de las letras y por ello todos vamos a sufrir, no de cien años de soledad, sino de cien años de crepúsculo. Pero eso sería caer en fatalismo; igual y entonces podría hablar de los mayas, del fin de los tiempos o del cólera.

Podría hacer un recuento de las obras de García Márquez, comenzar por las más populares, seguir con las de los nombres más rimbombantes, terminar con las tres que leí y hacer hincapié en que son las más desconocidas, por lo que yo soy más intelectual que todos ustedes. Podría hacerlo.

Mejor, en lugar de comenzar esta colaboración con esas frases huecas, comenzaré con otra frase igual de hueca pero más peligrosa. La frase que solo los tíos impertinentes dicen durante los velorios: “qué bueno que se murió”.

Por supuesto que una parte de mí lo dice por el agresivo cáncer que lo atacaba. No le deseo eso ni a mi peor enemigo, ¿por qué se lo voy a desear a alguien a quien admiro como periodista y respeto como escritor? Qué bueno que ya no sufrió. Eso por un lado, y por el otro, qué bueno que se murió, porque la muerte, la censura eclesíástica o los secretarios del trabajo, son la justicia de los escritores, de aquellos que caen en el limbo escolar o son desconocidos para las generaciones nuevas; ellos volverán a vivir en las librerías, se les volverá a leer, se les hará justicia.

“Pero perdimos a Gabo”, dirán muchos, mas con total honestidad no perdimos nada. Lo perdieron su familia y sus amigos. Ellos, los que conocían a García Márquez y le hablaban los domingos para preguntarle cómo estaba; ellos lo perdieron, nosotros no. Nosotros nos quedamos con el García Márquez que conocimos, porque las letras se quedan, no se diluyen con la muerte, y mientras se sigan contagiando tendremos autor para rato.

Y tampoco es como dicen muchos “es que se están muriendo todos los grandes escri-

tores”. Grandioso, porque estamos atados a una bola de escritores momificados, que si bien sí son grandes, la verdad es que no son los únicos. García Márquez no es el único escritor que abrevaba de lo fantástico o del realismo mágico, Paz no fue el único poeta, Pacheco no tenía el monopolio de los desiertos, ni Benedetti del amor. Sí, fueron grandes en ello, y sí, pesa que no volveremos a leer nada nuevo de ellos; pero tampoco es como que lo hiciéramos últimamente; si somos honestos ¿Cuándo fue la última vez que leyeron algo nuevo de alguno de los mentados? Hace mucho que dejaron de escribir, y si no lo hicieron cabe la posibilidad de que haya pasado lo que pasó con Fuentes, que muchos desea-

mos que dejara de hacerlo mucho antes.

El otro día leí, en alguna revista de cuyo nombre no puedo acordarme, sobre cómo no había en esta época de crisis un nuevo Steinbeck. Me dieron ganas de agarrar el monitor de mi computadora, ir a sacar un pasaporte, comprar un boleto de avión, registrar el monitor como único equipaje, aterrizar en La Guardia, tomar un taxi, llegar al departamento del autor, llamar a la puerta y en cuanto me abriera reventarle el monitor en la cabeza y gritar: “Steinbeck solo hubo uno, y si viviera ahora seguro escribiría Hora de Aventura. ¡Tarado!

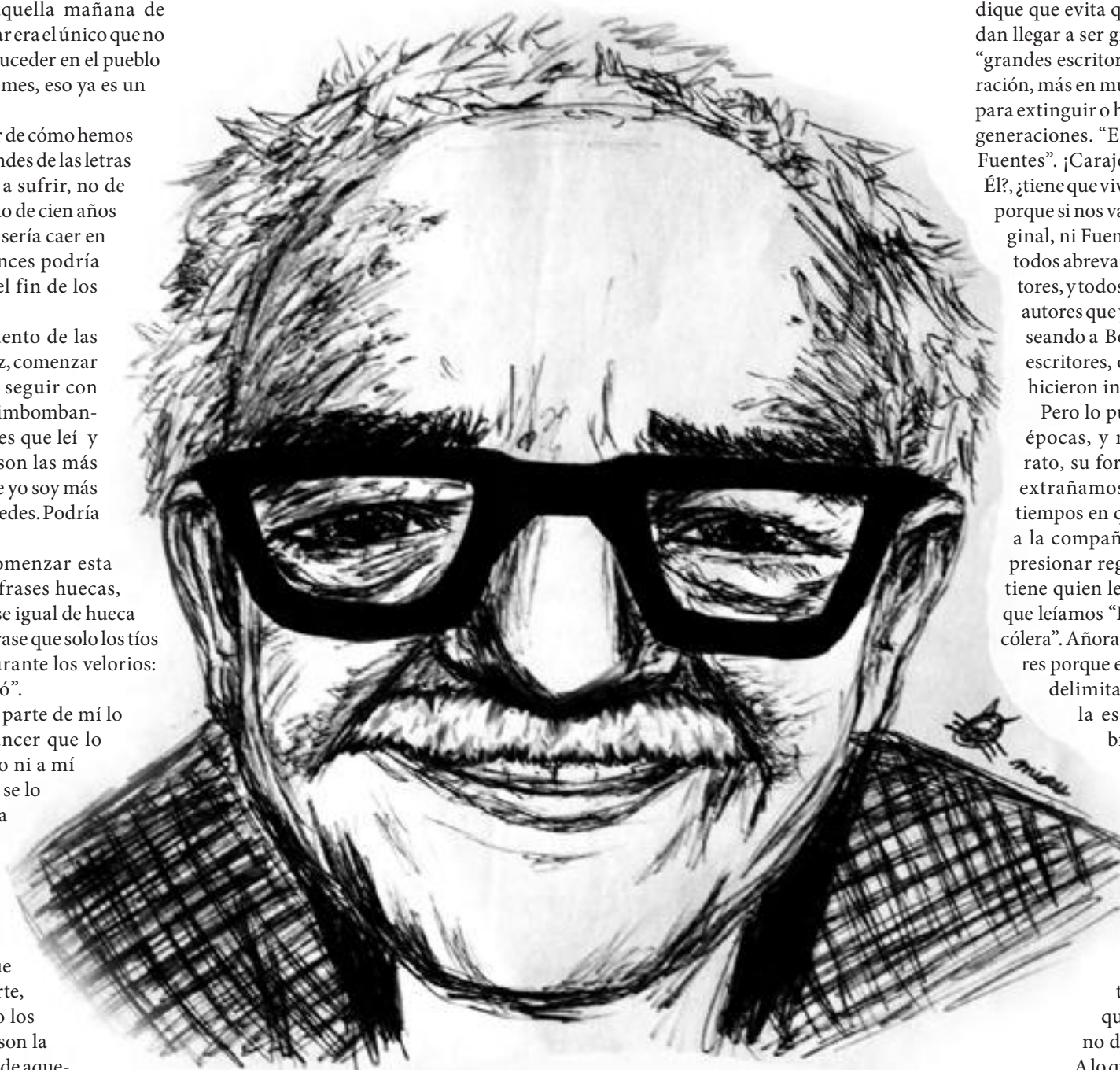
La verdad, y tengo que ser honesto, si algo son los “grandes escritores” es un tapón. Un

dique que evita que escritores jóvenes puedan llegar a ser grandes. La voz de aquellos “grandes escritores”, fue la voz de su generación, más en muchas ocasiones ha servido para extinguir o hacer menos la voz de otras generaciones. “Es el nuevo Paz”, “el nuevo Fuentes”. ¡Carajo! ¿No puede ser el nuevo Él?, ¿tiene que vivir bajo la sombra de otros?, porque si nos vamos a esas, ni Paz, fue original, ni Fuentes, ni Márquez, ni Dante; todos abrevaron de otros grandes escritores, y todos polinizaron el mundo con autores que ya habían muerto. Parafraseando a Borges, gracias a los grandes escritores, otros grandes escritores se hicieron inmortales.

Pero lo puedo entender. Eran otras épocas, y más que extrañar al literato, su forma de narrar o su estilo, extrañamos lo que sentíamos en los tiempos en que lo leímos. Extrañamos a la compañera que tratamos de impresionar regalándole “El Coronel no tiene quien le escriba”, o a la novia a la que leíamos “El amor en los tiempos del cólera”. Añoramos esos días y a esos autores porque eran los que habían: pocos, delimitados, personales. Ahora es la esquizofrenia, autores que brotan hasta de las coladeras; un mar de gente que escribe en un océano de medios. Nuevos géneros que trasgreden las fronteras de la narrativa e, igual que sucedió con la música, retan nuestra necesidad de catalogarlo todo —patología humana que algunas veces hace que no disfrutemos nada.

A lo que quiero llegar es que estos son otros tiempos. No hay que esperar que llegue el siguiente García Márquez, porque no va a llegar. Hay que regocijarnos en el hecho de que alguna vez disfrutamos a esos escritores, y que ahora hay espacio para nuevos grandes autores. Hay que leer. Hay que escribir. Hay que enamorarnos. Hay que releer con ojos nuevos y hay, sobre todo, que dejar ir en paz; que los libros sigan ahí, que el espíritu sigue ahí, que nuevos bríos y nuevos talentos están ahí. No hay que llorar mucho por una muerte, que todo deceso es anunciado. Regocijaos.

@drniebla



LOS ENEMIGOS DEL GABO

DAVID EDUARDO MARTÍNEZ PÉREZ

Es rara la figura pública que no tiene enemigos. Los escritores no son la excepción. Ahora que ha fallecido Gabriel García Márquez, no faltan quienes incluso reconociendo su talento como periodista y escritor, se atreven a señalar lo que para ellos son contradicciones éticas y literarias en la vida y obra del Nobel colombiano.

Desde sus primeros años en las letras y el periodismo, García Márquez tuvo que afrontar diversas contrariedades. Habiéndose consolidado como escritor, el creador de Macondo tuvo que enfrentarse con el exilio ante las acusaciones de quienes lo señalaban como militante comunista.

Este exilio -que compartió con numerosos escritores latinoamericanos, como el argentino Juan Gelman, también fallecido en el año corriente- le permitió conquistar a las conciencias más allá de su virtud para crear mundos mágicos-maravillosos y garantizarse un nicho en el panteón donde reposan los intelectuales que, siguiendo el ejemplo de Jean Paul Sartre, se lanzaron al compromiso con aquella parte del mundo ajena a los intereses de los poderosos. El Gabo se convirtió en uno de tantos 'intelectuales comprometidos'.

Sin embargo, algunos dentro de las izquierdas (y también las derechas) no quedaron del todo satisfechos con las acciones llevadas a cabo por García Márquez durante los años que pasó como exiliado en nuestro país.

Desde quienes lo tachaban de incongruente por saludar al papa o al rey Juan Carlos de Borbón, hasta voces que se levantaron indignadas cuando, ya anciano, acudió a la inauguración de un boliche en la zona de Santa Fe, nunca faltó quien advirtiera en García Márquez a un personaje más cercano a los ricos y poderosos que a ese sufrimiento latinoamericano del que se volvió representante el multipremiado autor colombiano.

En este sentido, también fue atacado por algunos sectores feministas, concretamente por la periodista Lidia Cacho, quien lo acusó de solapar el tráfico de menores en su novela Memoria de mis putas tristes. Para esto, Gabo contó con la defensa de Rogelio Villareal, quien desde una columna en Letras Libres argumentó, con mucha razón, que a la literatura no se le pueden aplicar criterios de valoración moral. Sin embargo, Cacho se mantuvo firme y sostuvo que es perfectamente legítimo cuestionar la obra de García Márquez.

Desde el punto de vista literario, otro



opponente con el que contó el Nobel colombiano fue su compatriota, también exiliado en México, Fernando Vallejo. Vallejo llegó a sostener que García Márquez sencillamente no sabía escribir.

De acuerdo con el autor de La puta de Babilonia y La Virgen de los sicarios, la prosa de García Márquez no es verosímil e incurre en contradicciones gramaticales. Esta, como tantas acusaciones lanzadas por Vallejo, tiene la peculiaridad de garantizar el repudio automático de una buena parte del sector cultural mexicano en contra de quien se atrevió a cuestionar de este modo a un personaje reconocido como uno de los mejores escritores en lengua castellana.

En su texto titulado Un siglo de soledad, disponible en la web, Fernando Vallejo insinúa no sólo que García Márquez es incapaz de manejar con precisión la lengua castellana, sino que también es poco original pues, según él, le habría plagiado varias secuencias de Cien años de soledad al poeta nicaragüense Rubén Darío.

De cualquier modo, no hay que perder de vista que Vallejo ha cuestionado a muchas

otras figuras de la literatura hispanoamericana. De Borges dijo que estaba sobrelaborado; de Bolaño, que no sabía escribir; y del idioma español, que estaba en camino hacia su destrucción definitiva.

Aun así, los enemigos literarios no sólo le aparecieron al Nobel de la mano de su compatriota Vallejo, sino también en forma de jóvenes autores colombianos insatisfechos con la forma en que el realismo mágico revelaba la vida latinoamericana.

Así surgieron grupos como el del malogrado narrador Andrés Caicedo (1951-1977), originario de Cali y detractor del realismo mágico, que consideraba que Latinoamérica no estaba en la realidad tropical manejada por el Gabo, sino en los conflictos urbanos experimentados por la clase lumpen en los arrabales de cada ciudad latinoamericana.

Del mismo modo, recibió impulso el grupo conformado, entre otros, por el chileno Alberto Fuguet y el peruano Jaime Bayly, quienes de manera informal recibieron el nombre de McOndo para hacer sorna de la literatura representada por la obra de Márquez y sustituirla por una más vinculada

con los problemas de las clases medias y bajas en una América Latina marcada por la globalización y el desempleo.

Esto no quiere decir que, como lo hace Vallejo, los escritores jóvenes consideren a García Márquez un mal escritor; sin embargo, lo perciben como símbolo de una literatura inmovilista que, si bien comenzó metiendo el dedo en la llaga, ha quedado totalmente anulada como literatura capaz de generar subversión.

Tenemos entonces que Gabo tuvo enemistades políticas, enemistades literarias y también enfrentamientos generacionales. Así como somos muchos los que los recordamos como un gran prosista comprometido con el periodismo y la narrativa, también hay que tomar en cuenta que fue un hombre de carne y hueso con aciertos y equivocaciones. De momento es demasiado pronto para emitir el juicio y no hay que olvidar que como bien señalaban los romanos De mortuis nihil nisi bonum -de los muertos, nada más que lo bueno. Ya el tiempo se encargará de entregarnos a un Gabo más humano, más sólido y con todos sus matices.

LA ESPALDA DE GABO

ANDRÉS FELIPE GIRALDO LÓPEZ

Era mayo o junio de 1995, no recuerdo bien. Yo llegaba a la oficina de mi padre y un señor salía de allí caminando presuroso. Vi sólo su espalda cubierta por un blazer de cuadros, su cabello cano y crespo y un pantalón negro ancho. Se desvaneció en unos pasos. Mi padre estaba sentado detrás de su escritorio con una sonrisa real, mágica. Le pregunté quién era la persona que salió. Suspiró y me dijo: Gabriel García Márquez. Yo me reí y le dije: “En serio papá, quién era ese tipo, no me venga con cuentos”. Me repetió mirando aún el recuerdo, “Gabriel García Márquez”. Salí corriendo a la calle para ver si lo alcanzaba pero no, ya se había ido. Puedo decir que conocí la espalda de Gabo. Y algunos libros de su maravillosa obra.

Ese día, Gabo entrevistó a mi padre dentro de una investigación para uno de sus libros periodísticos: Noticia de un secuestro. En él, narraba desde las entrañas el secuestro de siete personalidades del país a manos del Cartel de Medellín en la época de su mayor ofensiva contra el Estado. Mi padre fue Ministro de Justicia de Colombia durante un año desde agosto de 1990 y debió hacer frente a esta situación. Gabriel García Márquez no sólo era un gran literato, sino también un excelente periodista. Sus investigaciones eran serias y exhaustivas. No esperaba a que la información le llegara a su escritorio. Él mismo la buscaba. De este libro quedó un renglón que para mí es un tesoro, porque define a mi padre como nadie más lo hubiese podido hacer: “Giraldo Ángel, con su aire de sabio distraído, su precisión verbal y su habilidad de ordenógrafo prematuro...”. Así es mi padre.

No puedo decir que fui un gran fanático de García Márquez. Pero sí puedo decir que todo lo que me llegaba de él me dejaba asombrado. No sabía cómo le podía haber tanto ingenio a una mente. La primera gran buena noticia nacional de la que tengo recuerdo fue a mis ocho años. Gabo recibía el Premio Nobel de Literatura en 1982 en Estocolmo, vestido con un atuendo típico caribe llamado “liqui-liqui”. Ese día supe que era un tipo importante y, además, sencillo. No fue un libro lo primero que vi de Gabo. Fue una película: Tiempo de morir. Esta película de 1985 refleja la lucha incesante entre la justicia y la venganza. Y al final, como en una alegoría de lo que viviría la historia de mi país, venganza y justicia mueren.

Intrigado por las letras del Nobel y la narrativa de Tiempo de morir, tomé mi primer libro de él a los doce años: Crónica de una muerte anunciada. Una vez comenzado el libro, era imposible parar. Me lo devoré.

Sufrí la absurda muerte de Santiago Nasar y maldije a Ángela Vicario. Me parecía que Bayardo San Román era un idiota que no merecía la muerte de nadie. Amé la crónica y empecé a escribir cuentos desde niño, tan simples como la rutina que me llevaba de la cama hasta el bus del colegio. Siempre quise ser escritor. Y en ese camino, García Márquez siempre ha sido un referente.

De García Márquez también me intrigaba su vida. Me preguntaba por qué no vivía en Colombia. Y la respuesta era simple: El Gobierno de Julio César Turbay, un expresidente alineado con la operación Cóndor de Estados Unidos, lo perseguía por ser comunista, aunque no lo era. Simpatizaba y era buen amigo de Fidel Castro, ese era su gran pecado. Entonces se exilió. Se fue para México en 1981 salvaguardando su integridad ante la amenaza de las fuerzas de seguridad del Estado. Y allí encontró una Patria en donde importaba más su ingenio literario que sus simpatías ideológicas.

Desde ese momento, en Colombia se le empezaron a hacer reclamos tan absurdos como que no había ayudado en la construcción del acueducto de su natal Aracataca, un pueblito pequeño y abandonado por el Estado donde viven el calor, los mosquitos y muchos de los paisajes que inspiraron al Nobel. Se le trató de apátrida, de traicionero y comunista. Pero no hubo presidente después de Turbay que no lo llamara a pedirle consejo o ayuda para conseguir la paz. Y allí estuvo siempre. Cuando vieron que así como visitaba a Castro en Cuba también iba a donde Clinton en Estados Unidos o a donde el presidente de Francia en turno, también empezaron a acusarlo de burgués.

Yo busqué en su literatura si había rasgos de lo que decían de él. Leí “Miguel Littin clandestino en Chile”. Otra joya del periodismo. La vida de un exiliado en su propio país. Leí “Doce cuentos peregrinos” y percibí que Gabo tenía una imaginación bizarra, pero no maléfica. Descubrí que Gabo era lo

que escribía. Era un narrador caribe, profundamente descriptivo, interesado por los pobres y los oprimidos. Quizás ese era su tal comunismo. Era amigo del poder, pero nunca quiso ser poderoso. Precisamente porque él vivía en una tribuna desde la que observaba el mundo, el real y el mágico, y como un alquimista, como su Melquíades de “Cien años de soledad”, los mezclaba con sus letras. Y así todo en su obra es real y mágico.

García Márquez radicó en México. Pero vivió en toda América Latina de palabra, obra y acción, interpretando el sentir de los paisajes, de las personas, de los momentos, del folclore tan propio que late en lo que somos, desde el Río Bravo hasta la Patagonia. Pelear la nacionalidad de Gabo es como pelear la realidad de sus libros. Todo

el mundo sabe que sus obras tienen algo de verdad como algo de fantasía. Así es el mundo. Y él es del mundo. No merece esa prisión inventada que llamamos Patria. Él está libre de esas ataduras y su nacionalidad se expande cada vez que un libro suyo se lee en el mundo. Un chino que lo lee, lo siente chino. Por eso hasta en China tiene un monumento. Él es de Macondo. Y Macondo queda en donde se encuentren mariposas amarillas. Esa es la Patria de Gabo.

Conocí la espalda de Gabo mientras se iba. Hoy que se va, que se aleja de esta realidad y nos deja la magia de su obra, recuerdo su partida y la recreo en mi mente como aquel mayo o junio de 1995. Iluso, siento que Gabriel García Márquez no ha muerto. Sólo dejó de escribir y se fue a descansar. Hasta siempre, Maestro.



PREOCUPA LA CRISIS ÉTICA DEL PERIODISMO

Las siguientes son la palabras que pronunció Gabriel García Márquez al poner en marcha la primera actividad de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano: el seminario sobre libertad de prensa y protección a los periodistas, organizado en asocio con el Committee to Protect Journalists de Nueva York (CPJ), el 18 de marzo de 1995, en Cartagena de Indias:

Temo que alguno de ustedes se pregunte qué tiene que ver una escuela de periodismo empírico con los nobles propósitos del Comité para la Protección de los periodistas. Es muy sencillo: un factor esencial en la defensa de la integridad de un periodista, de su independencia y hasta de su vida, es una buena formación profesional.

Empecemos por observar juntos que cuánto más se fundan escuelas académicas de periodismo, más evidente se hace que enseñan muchas cosas útiles para el oficio, pero muy poco del oficio mismo. Y casi nada de las dos materias más importantes: la práctica y la ética.

El origen de este desastre podría ser que la formación de los periodistas no logró evolucionar a la misma velocidad que los instrumentos del oficio y se quedaron buscando a tientas el camino en el laberinto de una tecnología disparada sin control hacia el futuro. Deberían salir preparados



Encuentro periodistas Colombia y Venezuela. Cartagena 1995

para dominar las nuevas técnicas, y es todo lo contrario: salen llevados a rastras por ellas, sin los mecanismos de participación que fortalecían el espíritu en el pasado y sin tiempo ni ánimos para pensar y seguir aprendiendo el oficio. La misma sala de redacción, que siempre fue el aula máxima, es ahora un laboratorio deshumanizado, donde parece más fácil comunicarse con

los fenómenos siderales que con el corazón de los lectores.

Nos preocupa la crisis ética del periodismo escrito. El empleo vicioso de las comillas en declaraciones falsas o ciertas facilita equívocos inocentes o deliberados, manipulaciones venenosas que le dan a la noticia la magnitud de un arma mortal.

Las citas de fuentes que merecen entero

crédito, de altos funcionarios que pidieron no revelar su nombre –y que en realidad no existen–, o la de supuestos observadores que todo lo saben y que nadie ve, amparan toda clase de agravios impunes, porque nos atrincheramos en nuestro derecho de no revelar la fuente. El único consuelo que nos queda es suponer que muchas de estas transgresiones éticas, y otras tantas que avergüenzan al periodismo de hoy, no son siempre por inmoralidad sino por falta de dominio profesional.

En esta visión crítica de la enseñanza se funda el Taller del Nuevo Periodismo Iberoamericano. Nuestra propuesta es hacer una pausa en la formación académica, y volver al sistema primario de talleres prácticos en pequeños grupos, con un aprovechamiento crítico de las experiencias históricas y en su marco original de servicio público.

Algo como los simuladores de las escuelas de aviación, que reproducen todos los incidentes del vuelo, para que los estudiantes aprendan a sortear las catástrofes antes de que se las encuentren de verdad atravesadas en la vida.

Estos son, queridos amigos del Comité de Defensa de los Periodistas, los principios elementales y los métodos simples con que esperamos contribuir a la noble causa de ustedes para la renovación urgente del mejor oficio del mundo.

Bienvenidos, pues, a este Taller del Nuevo Periodismo Iberoamericano, que hoy inicia con la bendición de ustedes su primer siglo de labores.

Gabriel García Márquez



Taller de edición periodística con TEM-Cartagena 11 de Junio del 1995

LA MEMORIA COLECTIVA SE HACE CON FALTAS DE ORTOGRAFÍA

RICARDO RIVÓN LAZCANO



Claro que podemos imaginar un universo cotangente en el que los personajes de ficción son reales y nos ven como “sus” personajes de ficción. Incluso, si entrenamos nuestra mente en las habilidades para viajar en el tiempo y el espacio del llamado multiverso, tendremos la oportunidad única de saber y de vivir plenamente eso que “está ahí”, ya que conoceríamos al (los) autor(es) de la ficción de que somos parte. Y viceversa. Nada que ver con dioses, monidades o dualidades que, en todo caso, son juguetitos de entrenamiento para la imaginación. Nada.

Hace algún tiempo, Gabriel García Márquez (GGM) levantó revuelo cuando dijo que la ortografía no tenía que ser lo que es. Tal vez quería confesar algún remordimiento. Cuando alguien hace ese tipo de declaraciones es porque algo incomoda al espíritu.

Desde el punto de vista de las fuentes de un escritor -dijo Mario Vargas Llosa en conversación con GGM, Historia de un deicidio-, importa poco determinar la exactitud de las anécdotas, las dosis de verdad o de mentira que contienen.

Por ejemplo, en Querétaro tenemos aquella anécdota que aseguraba que los prósperos mineros de San Joaquín -y Querétaro capital-, a finales de los 60 y principios de los 70,

mandaban importar cajas de coñac francés para endulzarlo con refresco Victoria de grosella.

Más importante que saber cómo ocurrieron esos hechos del pasado local, es averiguar cómo sobrevivieron en la memoria colectiva y cómo los recibió y creyó o reinventó el propio escritor.

San Joaquín pudo ¿puede? ser nuestro pequeño Macondo, con su aristocracia, su trama social maravillosa y “la hojarasca”, que en el declive económico y productivo conformó las caravanas de miseria con destino a la zafra veracruzana. Nos faltó el escritor nomás. Aunque nunca es tarde.

Cuando GGM comenzó a gatear, a andar, a hablar, vivió la miseria, la sordidez y la rutina; los mejores días de Aracataca como dinámico centro bananero eran cosas del pasado. Fue la memoria de la gente, la deformación fantástica que el pueblo hace de la historia, de su historia, la que, además de suavizar la sobrevivencia colectiva, proyectó y definió el universo mental de GGM.

La historia verdadera es la deformación fantástica del pasado realizada por la gente, por el pueblo. La historia de los historiadores es, los más honestos lo reconocen, una deformación fantástica un poco más sofisticada.

Supongo que GGM sentía una gran deuda hacia esa memoria colectiva, hervidero de contradicciones cuya riqueza estaría incompleta sin faltas de ortografía.

Vivimos de mitos, de fantasmas, de soledades y nostalgias, somos personajes aparentemente anónimos de una historia que no podemos leer. Pero la podemos imaginar escrita por GGM.

La desgracia de ser feliz

“...así como los hechos reales se olvidan, también algunos que nunca fueron pueden estar en la memoria como si hubieran sido.

Aquel sábado negro descubrí la felicidad: un estado del cuerpo y el alma que se vive un instante y se sigue pagando por el resto de la vida.

¿Por qué me conociste tan viejo? Le contesté la verdad: la edad de uno no es la que se tiene sino la que uno siente.

Desde entonces la llevé en la memoria con una nitidez que me permitía hacer de ella lo que fuera útil para ser felices.

La peste del insomnio

“...estudiando las infinitas posibilidades del olvido (José Arcadio siguiendo el método de Aureliano), se dio cuenta de que podía

llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus inscripciones, pero no se recordara su utilidad. Entonces fue más explícito. El letrero que colgó en la cerviz de la vaca era una muestra ejemplar de la forma en que los habitantes de Macondo estaban dispuestas a luchar contra el olvido: Ésta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche. Así continuaron viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por las palabras, pero que había de fugarse sin remedio cuando olvidaran los valores de la letra escrita. En la entrada del camino de la ciénaga se había puesto un anuncio que decía Macondo y otro más grande en la calle central que decía Dios existe. En todas las casas se habían escrito claves para memorizar los objetos y los sentimientos.”

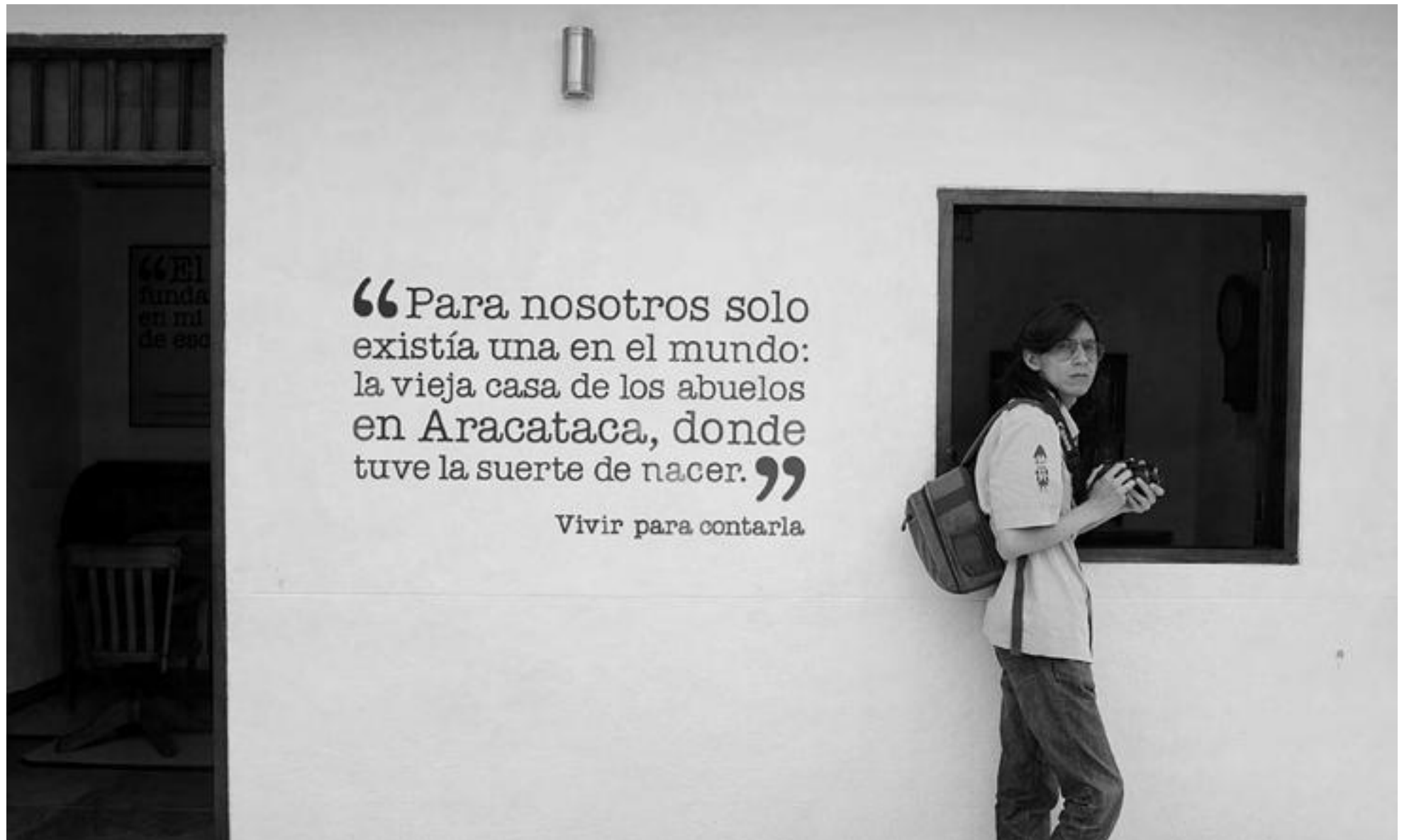
El incipit que lo dice todo

“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.”

@rivotnl

REGRESO A MACONDO

SALVADOR RANGEL



“Para nosotros solo existía una en el mundo: la vieja casa de los abuelos en Aracataca, donde tuve la suerte de nacer.”

Vivir para contarla.

En la vida existen paralelismos entre las personas, raros son los casos que se conocen, pero no en cuanto a lo físico, sino en cuanto a la procedencia. Tal es el caso de Juan Rulfo nacido en Apulco, Jalisco, y Gabriel José de la Concordia García Márquez, nacido en Aracataca, Colombia en 1927.

El padre de Juan Rulfo murió asesinado y poco tiempo después falleció su madre. Los nombres de los lugares donde nacieron son melódicos, Apulco, Aracataca. Juan Rulfo escribe Pedro Páramo, donde está la negación del tiempo, la búsqueda del padre en Comala, el encuentro con un medio hermano, Juan Preciado. Pero todos están muertos al igual que los habitantes de Comala. Incluso el amor obsesivo de Pedro Páramo, Susana San Juan, otro nombre melódico. Los nombres de la novela son únicos: Abundio que mata a Pedro Páramo; Inés Villalpando la abuela de Pedro, Damiana Cisneros quien es asesinada por Abundio, pero reaparece para cuidar al ya viejo Pedro Páramo. Una historia de muertos con vivencias presentes en un pueblo que se niega a morir porque vive

en la memoria de Juan Rulfo, quien arma una historia a partir de las experiencias que vivió en San Gabriel y el recuerdo de su padre asesinado.

Y Gabriel de la Concordia García Márquez, hijo de un padre, Gabriel Eligio, de madre soltera, y mujeriego por convicción, que se casa con Luisa Santiago, hija de un coronel.

Al nacer Gabriel, 26 de marzo de 1927, la familia cambia de lugar de residencia y lo dejan al cuidado de sus abuelos maternos, casa en que seguramente había un cuarto del tiempo, lugar donde están esos recuerdos físicos, fotos amarillentas, ropa con olor a viejo, muebles que en su tiempo fueron orgullo de la familia. Lugar mágico donde los niños entran a un mundo de magia y encanto. Ahí seguramente Gabriel García Márquez atesoró recuerdos que habría de plasmar en sus cuentos, en sus novelas.

Esos abuelos son el puente entre el pasado, el presente y, con la sabiduría que dan los años, ven el futuro. Su abuela Tranquilina, a quien llama Mina es una mujer

imaginativa, llena de supersticiones.

Su abuelo materno, un coronel que de joven mató a un hombre en duelo, de ideas liberales, veterano de la Guerra de los Mil días, hombre que nunca calló ante los acontecimientos de la masacre cometida por las fuerzas armadas de Colombia puestas al servicio de las empresas bananeras en contra de los trabajadores que estaban en huelga. Hombre que une la historia con un mundo mágico, lleno de vivencias entre muertos y vivos, entre el pasado y el presente.

El abuelo que lo llevaba al circo, el abuelo que le contaba historias fantásticas que más tarde Gabriel recogería en sus novelas, que están llenas de realidad, expresadas con la magia de quien tiene el don de enlazar las palabras para que se lean, se escuchen diferentes.

Gabriel, hombre dedicado al periodismo por convicción, con el espíritu de dar a conocer lo que está detrás de un acontecimiento donde se cree que se ha dicho todo.

Sus novelas y relatos son la realidad que ha vivido Latinoamérica con sus milita-

res golpistas, levantamientos populares, hombres que se batían en duelo, mujeriegos. Esas narraciones son vida cotidiana que únicamente se otorga como don a los seres privilegiados que retratan lo real con la magia de sus palabras, con mirada única, artistas de las letras.

Juan Rulfo no nació en Apulco, Jalisco, sino en el pueblo mágico de Comala. Gabriel José de la Concordia García Márquez, no nació en Aracataca, Colombia, sino en Macondo, otro pueblo mágico.

Un día, en sus respectivos pueblos mágicos se abrió una puerta en el tiempo y el espacio y salieron a la tierra, para dar a conocer sus relatos, y en su momento debieron retornar a su lugar de origen. Ahí viven y continúan escribiendo sus vivencias en la tierra, con un lenguaje mágico que asombrará a sus nuevos lectores, como nos han asombrado a quienes nos hemos deleitado con sus obras.

Y los nostálgicos se quedan absortos con su despedida terrenal y no saben qué libro seleccionar para recordar a Gabriel José de la Concordia García Márquez.

GARCÍA MÁRQUEZ Y MI GENERACIÓN

JESÚS FLORES LARA

A Ishel Mendoza, ávida lectora y excelente amiga

Mi generación, los que entramos a estudiar la preparatoria a principios de los años ochenta, gradualmente se fue involucrando en las lecturas de moda de ese entonces: El laberinto de la Soledad, de Octavio Paz; El Llano en llamas, de Juan Rulfo; La región más transparente, de Carlos Fuentes; los Veinte poemas de amor y una canción desesperada, de Pablo Neruda; y Crónica de una muerte anunciada, de Gabriel García Márquez. Todavía en esos años la obra era más importante que el autor, a veces leíamos el libro sin saber mucho de su autor ni sus circunstancias. Era un tiempo en el que los “mass media” no eran tan determinantes en los gustos del público y en la difusión de la vida personal de los autores. La lectura era por placer y porque era una forma de entretenimiento.

Mi libro de Español de tercer año de secundaria, que aún conservo por sus magníficas lecturas, no incluía desafortunadamente a Gabriel García Márquez, a pesar de que el colombiano ya había escrito sus más grandes obras, Relato de un naufrago, El coronel no tiene quien le escriba y su novela cumbre Cien años de soledad. Aquel libro de texto de secundaria, en cambio, traía a los clásicos españoles Gustavo Adolfo Bécquer, Juan Boscan, Garcilaso de la Vega, Gutierre de Cetina, Lope de Vega y, por supuesto, a Miguel de Cervantes Saavedra. Incluía algunos fragmentos de textos de escritores mexicanos como Manuel Gutiérrez Nájera, Ignacio Manuel Altamirano, Ramón



Taller de reportaje 18 de Mayo de 1995

López Velarde y Jaime Torres Bodet. Leer a los “clásicos” españoles y mexicanos tal vez fue la mejor antesala para descubrir el realismo mágico y el boom de la literatura latinoamericana: Pedro Páramo, Aura, El perseguidor, Piedra de sol, Las batallas en el desierto y Cien años de soledad.

A partir de entonces, Gabriel García Márquez entró en las lecturas de mi vida cotidiana, y más allá de sus obras, el oriundo de Aracataca se volvió un referente por sus declaraciones y sus enseñanzas. Cada obra, además del placer de la lectura, va dejando un aprendizaje, de El amor en los

tiempos del cólera quedará para siempre una enseñanza de carácter existencial “es la vida, más que la muerte, la que no tiene límites”. Con García Márquez crecimos culturalmente y mi biblioteca se llenó de libros, sus últimas obras, que si bien no alcanzan la excelencia de las primeras, fueron esperadas con ansias a las afueras de las librerías. Vivir para contarla nos deja entrever que la vida no es la que vivimos sino que ésta es un invento de cada hombre. En su penúltimo libro, Memoria de mis putas tristes, nos enseña que cada quien recuerda sus amores y desamores, sus manías y sus

pasiones.

Hace casi dos años, cuando Julio Scherer publicó el libro Vivir, con una gran pena y tristeza leímos que el hombre que hizo de la memoria, cuentos y novelas magistrales, gradualmente iba perdiendo su memoria con el tiempo. El Nobel olvidaba situaciones obvias como la muerte de Susana, la esposa de Scherer; por ello don Julio sabía que esa mañana de mayo de 2012 sería la última vez que lo vería, para despedirse de una manera muy personal le pidió un regalo “un objeto de su vida de todos los días”. García Márquez le regaló un ejemplar de Cien años de soledad dedicado por la Real Academia Española de la Lengua al propio Gabo.

En el prólogo a los Doce cuentos peregrinos, García Márquez sueña su propia muerte como una fiesta donde se encuentra con todos sus amigos, solemnes y de luto, pero dichosos por estar juntos; al terminar la ceremonia todos se empiezan a retirar, pero él no puede irse porque para él se acabó la fiesta. Termina diciendo: “morir es no estar nunca más con los amigos”. Tal vez no habrá una segunda oportunidad sobre la tierra, pero el infinito universo que gira con una precisión matemática le dará a García Márquez la oportunidad de contar a sus amigos, que han partido antes que él, las historias de estos últimos días, las mariposas amarillas cayendo del Palacio de Bellas Artes, el cielo lluvioso el día de su partida, el torrencial de letras que se escribieron como homenaje a un hombre de su altura y el agradecimiento de mi generación por su obra y sus enseñanzas.



2010, FNPI 15 Años

GABO: EL OLVIDADO INOLVIDABLE

RAFAEL VÁZQUEZ

América, un terreno fértil para los dolores y los sueños. Invadida, saqueada, conquistada, liberada, reconquistada, oprimida, explotada, vilipendiada y un millón de veces amada.

La ocupación de esta tierra ha sido un proyecto desolador de occidente, que no ha podido llevarse a cabo debido a las grandes parcelas sembradas con utopías e historias que se hacen realidad; tunas que emergen dulces del nopal espinoso, lecciones de amor y humanidad en cada resquicio polvoso de la América devastada por la mano del hombre.

En este continente colonizado, intentaron destruir conocimiento ancestral que de norte a sur hacían latir las tradiciones y valores de todos los pueblos originarios, nuestros escritores fueron los encargados de rescatar y construir nuevas interpretaciones; visiones del pasado y del futuro que construimos y nos reconstruyen.

Imprescindible no olvidar a los sembradores, y como lo dijo Borges al hablar de los escritores: Un escritor del pasado puede prefigurar a uno del presente “pero la deuda es mutua: un gran escritor crea a sus precursores. Los crea y de algún modo los justifica” y en ese afán no podemos ignorar el terreno fértil abonado por García Márquez.

Más allá del gran arsenal de anécdotas que están brotando sobre su vida y obra, el legado de “Gabo” -como cariñosamente lo llamamos todos los que lo hicimos nuestro amigo al leer sus obras- brota como espuma al descubrirnos en sus novelas: “¿quién no ha re-encontrado, en la genealogía de Macondo, a su abuelita, a su novia, a su hermano, a su nana?”, pregunta Carlos Fuentes en su libro “La gran novela Latinoamericana”.

Y es que la obra de García Márquez presenta a hombres extraordinariamente humanos que se convierten en leyendas por su franca imperfección; ¿a dónde han ido los hombres tercos que se necesitan para llevar a cabo las tareas más ambiciosamente ridículas planteadas por el realismo mágico? ¿Con qué material podríamos construir a las cualidades humanas más puras si no es con el cascajo que dejaron los actos genocidas perpetuados contra los indios? ¿Cómo delinear al americano si no es con el barro cocido con la misma sangre de las dictaduras del siglo XX?

Gabo construye a sus personajes del modo en el que Dios hace a los hombres; con tierra sucia y un soplo divino, en este caso, de soledad y esperanza. Cien años de una estirpe condenada a desaparecer, cincuenta de un terco amor que culmina en una barca al más allá, tres lustros de espera



Con los periodistas José Salgar y Javier Darío Restrepo, Cartagena, 2006



Taller de crónica judicial, Cartagena 22 de Diciembre de 1995



Con Mercedes, 1975 c. Foto Álbum familiar de Mercedes Barcha

ante una pensión que quizá jamás llegaría pero que valdría la pena comer bosta antes que renunciar a la misma, una novela de distancia que preserva vivo, intestinos en

mano, a un caballero que presuntamente deshonoró a una dama, o por el contrario, diez días del hombre contra la muerte en la cual el primero se lleva la primer batalla

al sobrevivir a las probabilidades sobre una balsa.

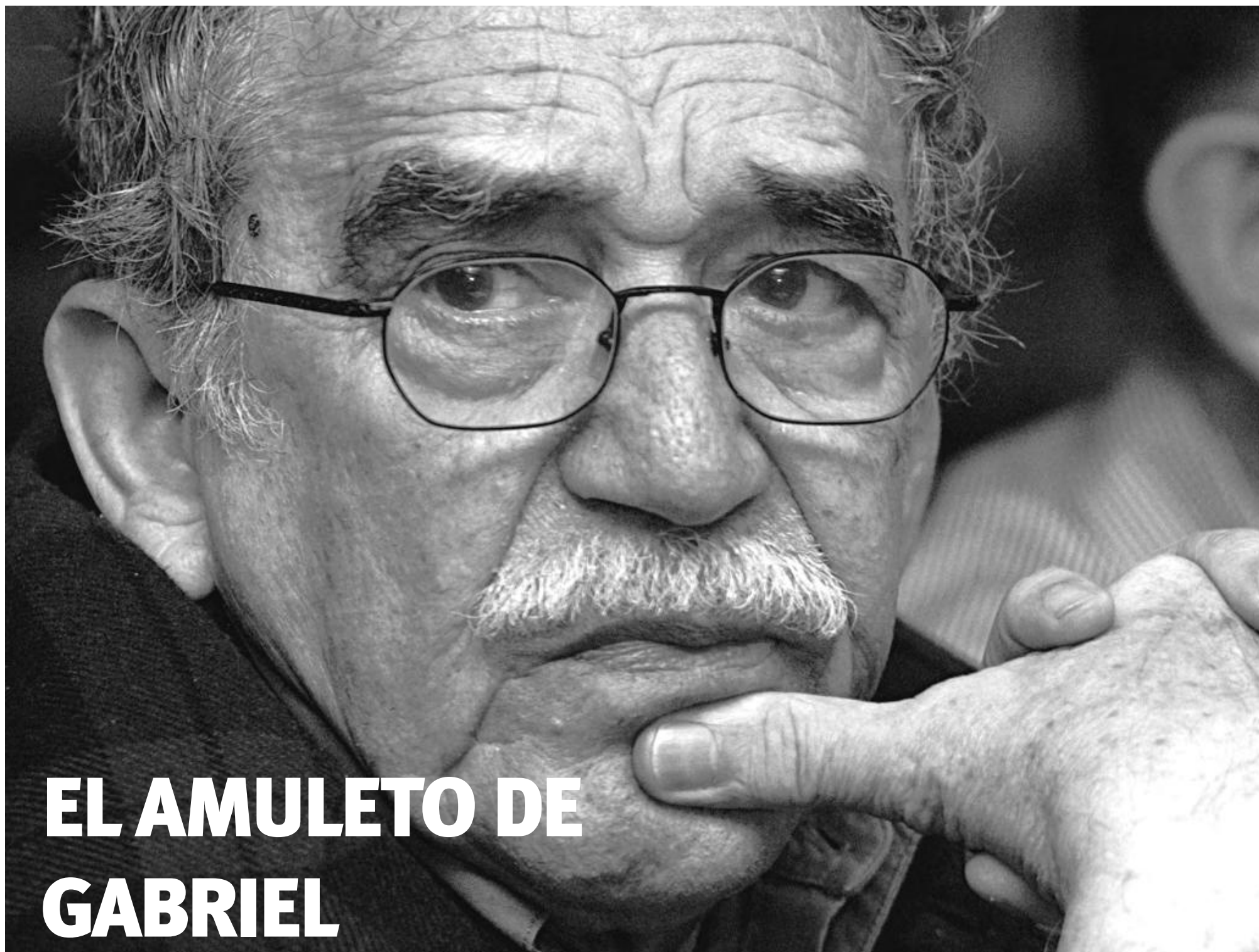
La terquedad ante la vida y la muerte es sólo uno de los vértices desde los cuales podemos analizar la obra de un escritor que amó su tierra americana por suministrarle las herramientas necesarias para la construcción de su obra, la universalidad de sus escritos se sublima en estos tiempos en los que el dolor es la moneda corriente que pagamos por nuestro estilo de vida.

Gabriel nos construye enteros, con errores y defectos tan simples que nos condenan a fríos índices de miseria que el continente sigue teniendo a pesar de los constantes aires de cambio por los que se ve arrastrado de vez en vez, pero también rescata a la nobleza humana ante la tormenta, por ello le llaman realismo mágico, la historia de las naciones y sus hombres persiguiendo mejores futuros suena en estas tierras desérticas como una tarea épica.

Sus libros colaboran a la tarea titánica de remendar una América mestiza, en la que el colonizado tiene que aprender a leer su pasado y presente, desmitificando el primero para asimilar lo que le sirve del segundo: los condenados de la tierra, como lo dijo Frantz Fanon y fue retomado por Poniatowska al recibir el Premio Cervantes 2013: su literatura hace que nos crezcamos alas... hacen que nos crezcamos flores en la cabeza... y aunque esas alas son chamuscadas en la tiranía de la explotación del hombre, no podemos dejar de maravillarnos al encontrar las palabras exactas que Gabo utiliza para levantar el espíritu entre la ceniza y la basura.

América Latina le dio dolores, perdón, le sigue dando dolores a los millones de precursores que, hallando sentido en las palabras de Borges, seguimos justificando -y escribiendo- sobre la esperanza; así, cuando dolor arrecia, cuando menos llega la comida a los hogares de los 165 millones de pobres, cuando la ola de migrantes que comienza desde la misma Patagonia se estrella contra el muro infame en la frontera norte de México, más encontramos los motivos para hallarle la magia al mundo, la utopía necesaria que se deja entrever y que acompaña al humano desde épocas tan remotas como el mismo instinto de supervivencia.

Mientras halla mil millones de personas sobre la faz de la tierra que vivan con menos de un dólar al día, el realismo mágico será una de las puertas que avizorarán un mejor mañana para esta humanidad tan avasallada por el miedo y la desesperanza. Gabriel está en la mente de cada lector que apreció el sentido estético de su obra, pero también vive en los instantes más difíciles de los más olvidados.



EL AMULETO DE GABRIEL

MARÍA MORALES

Aparece en todas las fotos. No importa si Gabriel sonrío o está serio, si saca la lengua o hace una seña obscena con el dedo medio; si a su lado va Mercedes o cualquier otra mujer; si posa con Castro, con Vargas Llosa, con Cortázar, con Neruda o con Kundera; si está en México, Colombia, Polonia, la Unión Soviética, Italia, Cuba, Caracas, París, Nueva York... Dondequiera que fuese, con quienquiera que lo acompañase, como fuera que se sintiese.

Cuando Gabriel José de la Concordia García Márquez nació -un 6 de marzo de 1927, en Aracataca, Colombia- no lo acompañaba, pero seguramente ya se adivinaba en una sombra hecha de pelusilla oscura. Durante los ocho años que vivió en aquel pueblo bananero, posterior inspiración de sus historias, anduvo oculto en él, latente como las letras que en las almas de los escritores bregan por hacerse lengua viva.

Seguramente compartió con el hijo de aquel telegrafista advenedizo la emoción de ver el hielo por vez primera, de sentir el fresco vaho que emitía; y acaso muchos años después lo recordara con igual nostalgia que el coronel Aureliano Buendía.

De vacaciones en Sucre y un poco más visible, le hizo cosquillas a Mercedes Raquel Barcha Pardo en la mejilla, de apenas 13 años, cuando el cataquero se decidió a pedirle matrimonio en un baile estudiantil. Por el resto de sus vidas compartieron a aquella mujer que cada día procuró poner una rosa amarilla y un paquete de 500 hojas en el escritorio de éste, pues comprendía con paciencia sus manías y supersticiones.

Lucía ya orgulloso de su espesa negrura cuando el joven Gabriel inició sus aventuras como periodista y viajó por el mundo visitando los países de gobiernos comunistas, de los que quedó desencantado, aunque conservó siempre la esperanza en una América Latina socialista.

Se erizaba cuando con él se despertaba en cualquier hotel, a mitad de la noche, asustado por la

presencia de los fantasmas que en otro tiempo invocara la abuela Tranquilina. Lacio, lo reconfortaba de la frustración de no poder contarle al abuelo Nicolás sus más íntimas experiencias.

Distinguido como su portador, mantuvo amistad con personalidades tan distintas -o distantes- como Castro y Clinton, Zabludovsky y Granados Chapa, Shakira y Óscar Chávez. Fue testigo del puñetazo con el que Vargas Llosa bordó de violeta el ojo de García Márquez, clausurando así sus relaciones; aunque, caballero como ellos, bajo un pacto de silencio se negó rotundamente a explicar las razones de aquel furibundo episodio.

No menguó su sencillez cuando el escritor se convirtió en Premio Nobel de Literatura, en 1982, y con ciertos trazos blanquecinos se presentó en la ceremonia sin el obligado frac -una de esas cosas que le causaban mucha "pava"- para hablar de la soledad que Macondo compartía con el resto de Latinoamérica.

Eterno como el amor de Florentino Araiza y Fermina Daza, se mantuvo con "Gabo" aun cuando éste empezó a olvidar nombres y fechas que habían sido importantes. Apenas trece años les faltaron para cumplir aquel plazo del olvido que hizo desaparecer un pueblo entero, mas nunca dejaron de disfrutar el gusto de un vaso de whiskey o una copa de champaña.

Nunca lo abandonó. Como las mariposas amarillas a Mauricio Babilonia, aquel enjambre de filamentos de colágeno acompañó perpetuamente al hombre que queriendo ser valiente y racional como su abuelo, se hizo famoso por relatar el mundo con la incierta magia de su abuela.

Gabriel García Márquez era un hombre lleno de supersticiones. Preocupado por mantener alejadas de él las cosas "pavosas" o por contar con la presencia constante de flores amarillas o mujeres para que a él no le pasara nada malo, quizá nunca notó que el objeto que más lo protegía era aquel tupido vello sobre su labio.

Y así, aun ahora, caminan juntos allá donde el tiempo no existe. Porque el bigote de Gabriel fue siempre su mejor amuleto.